

extensión de este último. Encuentra las lecciones de los actos de los otros útiles y convertibles en su idea del yo; encuentra que esto es posible para entender lo que los actos de los demás significan: es capaz de anticiparse á su acción por felices conjeturas, sacadas por analogía con sus propios sentimientos; y, por último, se entrega tan confiadamente á la constancia y regularidad de las semejanzas entre su propia vida interior y la vida de los demás, que le es posible adaptar las acciones de éstos á sus propios fines personales. Todo esto queda ya suficientemente descrito.

#### § 4.—INTELIGENCIA SOCIAL

181. Recordemos que hay siempre un elemento de tradición, y, al lado de él, un elemento personal, en cada situación de carácter social en que el individuo se encuentra. El elemento de tradición representa el uso que otros han hecho, ó hacen, de su inteligencia á medida que se reciben sus beneficios; el elemento personal representa el uso que el individuo hace de ella. Y en la masa de imitaciones sugestivas, de reglas, de convenciones, de modas, etc., que constituyen, en cada caso, el elemento tradicional, hay también un segundo elemento personal ajeno, correspondiente á la fuente personal particular por medio de la cual ha pasado la tradición al individuo. Hay diferencias de temperamento, de carácter, de genio, de maneras de pensar entre los asociados á cada individuo, diferencias á las cuales es muy sensible, que tienden á dificultar su acción y á producir diferentes actitudes cuando la acción está ya comenzada. Esto conduce en el niño á un mayor desarrollo de ciertos *yo ideales* en su pensamiento, cuyo origen en las fases opuestas de la sugestión hemos examinado ya (Secciones 16 y siguientes) cuando discutíamos el origen del sentido moral. Este progreso es esencial tanto en su desarrollo personal como en el del complejo social del cual forma parte.

La noción á que llega con esto puede compararse groseramente á una fotografía compuesta. La variedad de perso-

malidades que le rodean, cada una de las cuales imprime sobre él una ó más particularidades, exageraciones, deficiencias, incoherencias ó regularidades conformes con las leyes, deja gradualmente sobre él una cierta impresión común que, con tener aplicación á todas las personalidades como tales, sin embargo, necesita completarse en cada individuo particular. Ya he descrito, al tratar del sentido moral, ciertas tendencias emocionales que esta personalidad general suscita; y el asunto se volverá á presentar cuando lleguemos al examen de los sentimientos que el agente social aporta á su función en la vida. Nos basta ahora con ver que esta noción general de la personalidad aparece en el espíritu del niño, é investigar el método del uso inteligente de esa noción.

182. El niño la «eyecta» en todos sus compañeros de grupo social. De este modo la idea se convierte en un *alter general*, una especie de compañero social parlante, en cuyos caracteres como agente pensante, sensible, aprobante y crítico, piensa siempre que se encuentra frente á otro hombre. Además, no puede cortar este vínculo ni escapar de sus garras; porque su idea de su propio *ego* no es más que una demostración de esta realidad, como si se tratara de otra persona. Esto último lo puede evitar; pero no su propia presencia; ni puede desterrarse de la idea de sí mismo. La idea de sí mismo puede reemplazar á la idea del «otro» general social; y debe compartir el campo con él, oír sus opiniones, sentir las emociones recíprocamente con él, etc., siempre que piensa. Este ser semejante á una sombra, el yo general, es su otro del modo más real posible. A la demostración de su presencia la llamamos «opinión pública», *Zeitgeist*, etc., y en efecto, damos pruebas de que existe por la gran cantidad de emociones que se dirigen hacia ella.

El valor práctico de esta idea de la personalidad general, en nuestra vida diaria, se demuestra siempre que la actitud de la idea del *ego* está en desacuerdo con esa idea general. La discrepancia se siente agudísimamente. Durante la formación de este contraste es cuando el niño comienza á mostrar

los estados de espíritu que nacen como consecuencia de su subsiguiente reflexión sobre sus propias acciones. Todos los estados comprendidos bajo los títulos de «arrepentimiento», «descontento de sí mismo», «desengaño personal», «remordimiento», etc., nacen y deben nacer entonces. No deben nacer antes, porque el niño no conoce antes la antítesis que produce la doble corriente de la tendencia personal que la conciencia empieza á mostrar entonces. Es un nuevo grado del pensamiento antes de serlo de la emoción.

183. Es también un nuevo grado *en el manejo de las fuerzas sociales*. Es la adhesión cada vez más fuerte del niño lo que da á la inteligencia su lugar y su valor. Los otros aspectos de esta evolución del pensamiento reflexivo pueden dejarse á un lado por ahora, para poder atender más de cerca á éste.

El niño aplica su inteligencia directamente haciendo uso de su idea de un yo general; la usa *como un medio para sus fines propios*, y también *como un fin* cuando le es provechoso. Esto se demuestra en ciertas situaciones que yo puedo mencionar, sabiendo que todo el que observe niños puede comprobarlas fácilmente.

El trato de un niño con otros niños muestra tentativas por parte de cada uno para tomar el papel de dictador y de someter á sus compañeros de juego á las exigencias del código que él cree conveniente prescribir. Este código es la aplicación á cada situación que se presenta del sentido general de las exigencias del yo ideal ó social, hasta donde pueden establecerlo las analogías que contenga su experiencia actual. Repite las máximas morales corrientes en la vida familiar donde quiera que las cree aplicables. Por ejemplo, estoy acostumbrado á combatir la tendencia de mis hijos á la acción y las conjeturas intelectuales precipitadas, diciéndoles en las ocasiones ó situaciones críticas—tales como la apertura de un paquete después de un viaje á la ciudad—«esperad y mirad». Esto llegó á constituir una fórmula para la niña más pequeña á los cuatro años. No sólo aprendió, hasta cierto punto,

la inutilidad del apresuramiento, sino que hacía mis veces en los juegos y en otras ocasiones más serias y les repetía á los otros niños, á la nodriza, etc.: «esperad y mirad.» Era su concepto de la actitud propia de una persona sabia y juiciosa, en las situaciones de ansiedad ó excitantes, la de esperar los resultados con paciencia; y la manera como ella lo prescribía á los demás niños para su bien era en extremo divertida. Este ejemplo muestra la tendencia general de que hablo. Antes de esto no se manifiesta en la palabra, en la sugestión ni en las acciones, en ningún aspecto de la conducta personal ninguna generalización aplicable á una porción de casos de que el niño se apodera y que usa como un arma social (1). Fingiendo benevolencia, el niño oculta á veces pequeñas intrigas; H., á los cinco años, escondía sus estampas y jugaba con las de su hermana para «arreglárselas».

El empleo de estos recursos para obtener ventajas personales sobre los demás es muy común. Los niños que juegan juntos toman muchas veces la costumbre de «ir por turno» para satisfacer el sentido de justicia y de igualdad de derechos que está naciendo en ellos. Pero uno de los míos ha ido más lejos. H. (de cinco ó seis años) había conseguido muchas veces la propiedad de un objeto de juego por el sistema de «asegurar que «le tocaba la vez á ella», y diciendo después que el juego había cambiado ó que los turnos eran otros. Además, un niño de cinco ó seis años se aprovechará muchas veces de la poca personalidad de un compañero menor, ó de la susceptibilidad de los demás á la sugestión de un deseo, atribuyendo un exagerado valor á un objeto que no quiere, para despertar la idea del valor en el niño menor, y entonces, dejándole en esa pista, obtener la posesión de aquella cosa de la cual ha desviado la atención de su compa-

(1) Por ejemplo, cuando el niño legisla para su hermano menor, con la esperanza de obtener ventajas, rehusa tomar el primero una fruta, etc., sabiendo que los otros *dejarán las mayores*; sostiene que hizo tal ó cual cosa «por broma», se aprovecha de la compasión ó de la caridad de su madre, excitando esos sentimientos artificial ó indebidamente.

ñero. En tales casos—y los hay innumerables donde quiera que se reúnen varios niños con regularidad,—no sólo hallamos el desarrollo en uno de los niños, el de más edad, de una idea de los atributos esenciales del carácter, los esenciales del carácter propiamente tal, sino también una evaluación notablemente perspicaz del estado de espíritu de los demás niños en ese respecto. *A* sabrá lo que *B* piensa del carácter en general y del carácter de *A* en particular, y *A* obrará con relación á *B* teniendo en cuenta las condiciones de la idea de *B* acerca del carácter de *A*. La adaptación moral de mis dos hijos, conforme se iba desarrollando en ellos el concepto del yo general, en el uno algo antes que en el otro, es una gran fuente de enseñanzas. Según la mayor iba entendiendo mejor el carácter, practicaba sus conocimientos constantemente sobre su hermana. Pero esta misma práctica, con la cual la mayor trataba muchas veces de envolver á la más joven, es un influjo de valor pedagógico para la menor. Sus lecciones acerca del significado de la personalidad, del uso de la inteligencia, de los modos como las gentes pueden utilizarse para fines personales, los recibe por medio de las imágenes de su hermana, en vez de hacerlo por las explicaciones de las personas mayores. Es este uno de los mayores beneficios de que los niños tengan varios compañeros constantemente.

184. Otra fase del mismo orden de situaciones nos aparece cuando observamos las dos formas—egoísta y altruísta—del uso que hace el niño de su inteligencia en el camino emprendido. Según los ejemplos que acabo de citar y según los casos indicados antes, para explicar los métodos de las mentiras infantiles, parecería que el uso egoísta de la inteligencia es más llamativo que el altruísta. Y á pesar de lo dicho más arriba, que las dos actitudes personales están sobre un pié de igualdad, y que, en lo que toca á la acción razonable, ambas son tan razonables ó tan no razonables, encontramos apariencias que toman diferente forma en este primer grado de los progresos del niño. Es evidente que, aun en el primer

grado, en que ambas actitudes son irreflexivas, una de ellas puede, en realidad, ser la dominante ó más usual, especialmente si no hay expresión adecuada para la otra en las situaciones del medio social. Pienso que los impulsos egoístas tienden más constantemente á llenar la conciencia, aun en el período irreflexivo, porque el niño es neófito en el pensamiento y la corriente del período orgánico, de la cual acaba de salir, fluye hacia la conservación y satisfacción de las tendencias personales. Esta corriente hay que vencerla hasta cierto punto antes de que su idea del *alter* se haga tan fuerte en su conciencia que conduzca á un desprecio sistemático del yo. El organismo consigue esto hasta cierto punto, como hemos visto, por la provisión de simpatía y de modestia orgánica; y sin embargo, á menos que se manifiesten activamente, la tendencia de la acción parece dirigirse hacia las formas de actividad que, en sus efectos reflejos, propenden á mantener la idea del yo egoísta predominantemente ante la contemplación del individuo. Así debemos esperar que encontraremos el progreso del niño hacia la generosidad, la justicia y la lealtad recíproca, en el uso de este mecanismo de medios y fines, la inteligencia, algo lleno de obstáculos puestos por las formas de acción menos desarrolladas que hereda de su propio pasado personal.

Esto se produce, á mi entender, de varios modos, en la conducta del niño en el difícil período en que empiezan á mostrarse las tendencias hacia la personalidad real.

1) Las invenciones del niño para el aprovechamiento de otras personalidades y de las fuerzas sociales son favorecidas por su sentido de la ventaja ó de la desventaja personal. Ciertamente que en toda invención las situaciones más urgentes son las que despiertan las ideas más eficaces; esto es lo que ocurre en el niño. La simpatía puede suprimirse por la sencilla operación de volver la vista ó de negar atención. Los adultos lo sabemos bien. Pero al dolor personal no podemos huir tan fácilmente. Para el niño, los conflictos personales con los demás son vivos y punzantes de dolor ó de placer: su propio

interés es el que está casi siempre en la balanza. No se conmueve tanto cuando es el interés de otro el que excita sus simpatías. El primer caso es de una urgencia tal, que provoca en él los actos violentos de resistencia, evasivos, traidores, disimulados en ocasiones, sinceros, abiertos y francos, en otras. Es frecuente encontrar que las tretas del niño no consiguen iguales ventajas para la hermana y el hermano que para el que las hace. Cuando ocurre esto es normal seguramente, pero nos sorprende. Los distintos niños difieren en este respecto, y algunos casos parecen indicar que un niño puede ser más activo por el lado de la generosidad que por el del egoísmo; sin embargo, lo más general es lo contrario; y el hecho solo demuestra que, siendo ambas actitudes igualmente posibles, y desde el punto de vista del niño igualmente razonables, sin embargo, la actitud egoísta suele predominar (1).

2) Hay razón para esto, además, en el método de sus progresos hacia el estado moral y social. Necesita ser personalmente eficaz para ser socialmente eficaz. El hombre debe vivir y acumular para sí y su familia antes de ser un servidor público. Y en la vida del niño esto significa que ha de llegar a ser hombre, sea de él lo que quiera en otras esferas. Debe desarrollarse hasta ser un individuo; esto es un deber para él, suceda lo que quiera; su mayor progreso en el camino de ser un individuo social bueno ó sabio está basado en esa primera presuposición.

3) Esto se refleja, además, en el movimiento que acompaña á su interior desarrollo. Se recordará que hemos visto que el niño pasa por tres momentos en su concepto personal, llamados «proyectivo» (su idea de los demás antes de distinguir entre éstos y él), «subjetivo» (su idea de sí mismo como distinto de los demás) y «eyectivo» (la idea de los demás como semejantes á él). Estas tres ideas, según ya dijimos, no son

(1) Véase el ejemplo de una mentira social inventiva, dado antes. Sec. 71.

estrictamente cronológicas, siendo el movimiento dialéctico entre la primera y la segunda y entre la segunda y la tercera un proceso constante durante toda la vida. Pero el orden lógico es el expuesto; y es también orden cronológico cuando se le considera desde el punto de vista de las adiciones que el niño hace constantemente á la idea del yo. Los nuevos elementos que adquiere del medio deben ser proyectivos antes de que puedan duplicarse en el concepto de sí mismo, es decir, antes de que pueda considerarlos subjetivamente. Por consiguiente, no pueden ser eyectivos hasta que se los haya apropiado de un modo subjetivo. Así, pues, hay un movimiento cronológico real que comprende estas tres fases.

El punto de importancia en este respecto es que, en este movimiento cuasi-cronológico, la idea del yo subjetivo está colocada entre las otras dos ideas. Es el núcleo de lo que se posee permanentemente. Es la medida que aplica á las personas. Los elementos desconocidos de la sugestión personal que solicitan su atención, deben tener ya las señales que encuentra en su pensamiento propio; y, por otro lado, los elementos conocidos de la personalidad que él atribuye á las cosas que le rodean, deben haber sufrido el proceso de prueba de su acción más ó menos experimental. Así hay un constante reflujo sobre su yo subjetivo de los otros dos polos de este proceso bi-membre. Siendo esto así, no debe sorprendernos el que este sentido de su existencia, derechos, apetitos, placeres, dolores, propiedad, etc., sea más agudo que su sentido de las pasiones y posesiones semejantes de las demás personas.

4) Hay además otra razón para este hecho. En este triple concepto de los elementos personales, el *alter* actual aparece el último, considerado como una *persona acabada*, con existencia independiente y derechos independientes dentro de la comunidad social. Cada nueva adición á este sentido personal complejo tiene su primera aplicación, en efecto, al *ego* real. Sólo por esta apropiación activa de las sugestiones del medio, puede realizarse la evolución que hemos visto en el

proceso dialéctico. Así, el método para adquirir las actitudes que se adoptan para las relaciones de los agentes personales, *las conduce á un mayor ó menor ejercicio habitual, relacionado en primer término con la vida más particular del ego*. La generalización del sentido de la personalidad supone realmente algún nuevo proceso de acomodación, que debe hacer ante todo el pensador á que pertenece.

Por ejemplo, nuestras actitudes de propia defensa son más sencillas y más directas que las de defensa de otra ó varias personas. Así como es más fácil cubrir con un paraguas á uno que á dos—por grande que sea el paraguas,—así también es más fácil adoptar una actitud de propia defensa, que intervenir de una manera eficaz para defender á otro. Aparte del significado literal que se puede atribuir á esos ejemplos tomados de la vida adulta, podemos usarlos como analogías en nuestra cuestión actual. Los actos representativos del yo son más reflejos, como se vió antes desde un punto de vista puramente físico. Las actitudes del niño vienen primero por su adaptación vital del instinto, pensamiento y emoción; y la extensión de ellas hasta comprender la protección de los demás, supone una cierta modificación y extensión. El simple hecho de que la idea del yo cuando se hace eyectiva es más compleja, es la prueba de que debe ser algo más tardía y menos espontánea en sus modos de expresión y de acción.

Hay, pues, un período de relativo egoísmo en el niño, que se extiende desde el tercero hasta el quinto ó sexto año (1). Esto constituye un incidente en su evolución. Es diferente, á la vez, del período agresivo, irreflexivo y espontáneo, antes

(1) No es nada difícil imaginar el papel que esta especie de semireflexiva astucia, correspondiente á este período, debe haber desempeñado en las condiciones de la primitiva vida social. La traición de la emboscada y de la tregua rota, existiendo conjuntamente con la organización interna tribal y las uniones intertribales para la defensa, basadas en los deberes y derechos,—como, por ejemplo, en la experiencia de los primeros colonos con los Indios de América del Norte,—muestra am-

de que el niño sepa de sí mismo como agente personal, y del egoísmo real reflexivo, que viene á ser uno de sus móviles cuando llega á una madurez suficiente para urdir planes en provecho propio, á costa de los intereses de los demás. Es, más bien, un período de astucia ingenua y de subterfugios. No es el de la verdadera astucia, ni de la traición deliberada, y el único pecado del niño es ser víctima del «pecado original». Tiene ciertos impulsos inorganizados de una especie orgánica que, simplemente por su falta de organización y por su tendencia á ser reflejos, hacen creer que son malos; y al lado de ellos hay, por el lado mental, las tendencias egoístas cuasi reflexivas ya descritas, que, si no son entonces precisamente inmorales, llegarán á serlo en un término no lejano.

185. Examinando más atentamente el grado actual de reflexión alcanzado por el niño, encontramos las tendencias de transición ya observadas que toman forma en una resultante más compleja y falaz. Es falaz porque su descripción no puede ser objeto de una exposición general en fórmulas breves; está constituido por una serie de fases, cada una de las cuales representa un haz de fuerzas más elementales. La investigación preliminar de estas primeras tendencias nos da, sin embargo, hasta donde sea cierta, las líneas capitales del influjo á que el niño responde todavía en el medio, y á la vez las líneas capitales de la tendencia que sus respuestas adoptan. Por su evolución natural, que le hace reflexivo y moral, escapa al uso relativamente egoísta de su inteligencia, descrito en este capítulo. Discutiremos sus progresos ulteriores bajo el encabezamiento de «Sentimiento».

bos lados de esta condición mental. Supone, á la vez, los factores exigidos en el proceso de la «selección por grupos», alguna sociabilidad y la competencia (V. cap. V, § 4). Podría escribirse un capítulo entero acerca de la utilidad crítica de la inteligencia progresiva en la competencia de los grupos sociales unos con otros.